

"La Vida de Oración de Jesús"

El Señor Jesús había estado con el Padre en el cielo desde toda la eternidad. Juan 1 y versículo 1 dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios." Cuando el Verbo se hizo carne y vivió como humano, sabía que necesitaría la comunión y la fortaleza del Padre en el cielo. Así que oraba continuamente al Padre y mantenía al Padre en su corazón. Jesús no haría nada que no fuera lo que el Padre le dijera que hiciera. Su tiempo a solas con el Padre lo mantenía espiritualmente fuerte, y tu tiempo a solas con el Padre también puede mantenerte espiritualmente fuerte.

La oración no era un pasatiempo o entretenimiento para Jesús; era una prioridad. Él necesitaba a su Padre en el cielo, y tú también. Jesús oraba con frecuencia antes de hablar, actuar y tomar decisiones. Y Jesús pudo decir en Juan 6:38, "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió." Jesús sabía quién era y por qué vino a esta tierra. Cuando nos damos cuenta de que hemos sido creados por Dios y que nuestro propósito es amarle y servirle, nosotros también queremos tener una comunión regular y privada con nuestro Padre celestial.

Nuestra lectura de hoy proviene del evangelio según Juan, capítulo 17, versículos 24 al 26. Y son el final de la oración más larga registrada que tenemos de Jesús en el evangelio de Juan. Él ora,

Padre, quiero que aquellos (sus discípulos) que me has dado estén también conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. "Padre justo, aunque el mundo no te ha conocido, yo te he conocido; y éstos han conocido que tú me enviaste; y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos."

Qué oración tan maravillosa de nuestro Señor Jesús. Oremos juntos. Oh Padre, ayúdanos a conocer el amor que has mostrado a tu hijo Jesús y que nos muestras a nosotros cada día. Y ayúdanos a amarte plenamente y a hacer tu voluntad. En el nombre de Jesús, Amén.

La oración para los judíos era una práctica normal de la vida cotidiana. Los judíos tenían oraciones establecidas en la sinagoga, daban gracias antes de las comidas, y decían oraciones personales por la mañana, por la tarde, en el momento del sacrificio en el templo, y por la noche. Aunque mucho de su vida diaria no se menciona en las Escrituras, los cuatro relatos del evangelio dicen mucho sobre la vida de oración de Jesucristo. Así que vamos a ver su vida de oración como un estímulo para acercarnos más a nuestro Padre en el cielo.

Lucas 3:21 al 22 dice: "Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: 'Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.'" Ahora bien, Jesús fue bautizado para cumplir toda justicia (Mateo 3 y versículo 15), y el Padre lo bendijo abiertamente.

Marcos 1:35 dice que, "Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba." Jesús comenzaba su día con el Padre, porque sabía que la forma en que comenzaba el día establecía el tono para el resto del día. Lucas 5:16 nos informa que, "Él se apartaba a lugares desiertos y oraba." Necesitaba concentrarse en su Padre y no quería distracciones.

Lucas 6, versículos 12 y 13, habla de Jesús eligiendo a los 12 apóstoles: "En aquellos días fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de

ellos, a los cuales también llamó apóstoles.” Jesús tomaba en serio a su gente y eligió a doce hombres para llevar el evangelio al mundo. Jesús ora a Dios por las personas e incluso intercede por ti y por mí.

En Mateo 19, versículos 13 al 14, ese pasaje nos recuerda que incluso los niños pequeños le importaban a Jesús: “Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiera las manos sobre ellos y orara; y los discípulos los reprendieron. Pero Jesús dijo: ‘Dejad a los niños, y no les impidáis que vengan a mí; porque de los tales es el reino de los cielos.’” Era costumbre, en esos días, que los líderes religiosos bendijeran y oraran por los niños pequeños.

Mateo 14, versículos 19 al 21 nos dice que Jesús oró antes de alimentar milagrosamente a la multitud: “Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos: doce cestas llenas. Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.” Y Jesús dio gracias a Dios por los panes y los peces. Oh, Él sabía de dónde vienen todas las bendiciones.

Juan 17 registra la oración más larga de Jesucristo, solo 26 versículos. Y tuvo lugar después de la Pascua y antes de Getsemaní. Jesús reconoció que sería glorificado y tendría autoridad sobre toda carne. Dijo en el versículo 3: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.” Las personas llegarían a conocer al Dios verdadero por las palabras que Él dio a sus seguidores. Y Jesús pidió al Padre Santo que guardara a sus seguidores para que no perecieran. Jesús les dio su palabra y proclamó: “Tu palabra es verdad.” Él quería que su pueblo fuera uno en su fe.

Oró en los versículos 20 al 21: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” Él quería que el mundo supiera que el Padre “me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.” Tal oración me conmueve, que Dios pudiera amarme como amó a Jesús. El Señor Jesús terminó su oración al Padre diciendo: “para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.” Jesús quería que el amor del Padre hacia Él estuviera en nosotros. La verdad, la unidad y el amor estaban en el corazón de su oración.

Desde el momento en que Jesús estuvo en el huerto de Getsemaní hasta el momento en que murió, Jesús estaba orando al Padre. Jesús oró en el huerto de Getsemaní para que se hiciera la voluntad del Padre (Mateo 26, Marcos 14 y Lucas 22 lo mencionan) y oró con gran clamor (Hebreos 5 y versículo 7).

Jesús oró por los que lo estaban crucificando mientras le clavaban los clavos en las manos y los pies y levantaban su cruz. Lucas 23:33 al 34 relata: “Y cuando llegaron al lugar llamado La Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha, y otro a la izquierda. Y Jesús decía: ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.’ Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes.” ¿Puedes imaginar cómo debieron haberse sentido los soldados mientras lo ejecutaban? A Él le preocupaban más sus pecados y sus almas que sus propias manos y pies.

Quizás te preguntes cómo pudo Jesús permanecer en la cruz, llevando nuestros pecados. Oh, Él pudo haber llamado a doce legiones de ángeles para protegerlo, pero no lo hizo. Soportó el castigo durante horas y permaneció allí hasta que murió. Soportó el terrible dolor, la vergüenza, la oscuridad y las burlas de los judíos y romanos. ¿Cómo pudo Jesús soportar la cruz con el dolor, las burlas de los que

estaban cerca, y los pecados de todo el mundo sobre Él? Bueno, 1 Pedro 2, versículos 21 al 24 nos da una respuesta: “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que (Él) encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” Jesús fue a la cruz con un propósito, y el Padre escuchó sus oraciones.

Durante todo su tiempo en la cruz, Jesús se encomendó al Padre. Él estaba orando. Cuando pases por los momentos más difíciles de tu vida, no dudes en orar al Padre. El Padre quiere escucharte. Mateo 27:45 al 46 dice: “Y desde la hora sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Sin duda, en medio de su dolor, Jesús se sintió muy solo. Dios lo estaba castigando por los pecados que tú y yo cometimos. Y aunque se sintió abandonado en ese momento, Jesús sabía algo profundo.

Sabía que lo que estaba soportando no era toda la historia. Mateo 27:46 es en realidad una cita del Salmo 22:1, un salmo de David que señala al Mesías. Comienza con un sentimiento de abandono, sí, por todos los que lo rodeaban oponiéndose a Él. Y así, Él clama pidiendo ayuda a Dios, sí; pero Él conoce las profecías del Salmo 22, Jesús las conoce, que Dios gobierna sobre las naciones y es justo. Sí, hay una cruz que le quitará la vida; pero en pocos días Dios lo levantaría victorioso sobre la muerte. Sabía que Dios lo sentaría a su diestra. Hebreos 12, versículos 2 y 3 nos dice que miremos “a Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad (verso 3) a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.”

Las últimas palabras de Jesús antes de morir fueron en oración. Jesús oró justo antes de exhalar su último aliento: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Esto también es una cita del Salmo 31:5. Salomón describió la muerte en Eclesiastés 12:7: “Y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio.” Esta oración nos recuerda que esta vida no es todo lo que hay. Que nuestros espíritus sigan viviendo. Y por eso Él pudo decirle al ladrón en Lucas 23:43: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.” Sí, Jesús sigue vivo, y nosotros también viviremos.

Jesús está ahora en el cielo. ¿Pero sabes qué? Él está orando por nosotros. ¿Cómo y por qué está orando en el cielo? Bueno, primero, Él intercede por nosotros. Romanos 8:33 al 34 dice: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.” El Señor Jesús está apelando al Padre en nuestro favor, orando para que Dios nos ayude en los tiempos difíciles. Hebreos 7:25 habla de cómo Él ora por nuestro perdón y salvación: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” Interceder es el acto de intervenir entre partes distintas, particularmente el acto de orar a Dios en nombre de otra persona.

Segundo, el Señor Jesús es nuestro Mediador. 1 Timoteo 2, versículos 5 y 6 dice: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.” Ahora bien, como Él es la ofrenda por la culpa sin pecado, sí, una ofrenda por la culpa, por nuestros pecados, puede acercarse a Dios en

favor de nuestros pecados. Mediar significa interceder entre dos o más partes. Y cuando se usa en sentido bíblico, una de las partes generalmente es el Señor Dios. Verás, Cristo es el mediador supremo.

Tercero, como mediador e intercesor, el Señor Jesús está abogando por nosotros delante del Padre. El apóstol Juan escribió en 1 Juan 2:1 al 2: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” Un abogado es alguien que defiende la causa de otro, que ayuda a otro defendiéndolo o consolándolo. Y Jesús es el sacrificio expiatorio que continuamente ruega al Padre que perdone a los cristianos cuando pecamos. El que no tiene pecado está defendiéndonos ante el Padre, para que podamos ser salvos.

Para mí, una de las imágenes más conmovedoras de las Escrituras proviene de la paciente y amorosa actitud del Señor con Pedro, quien dijo que nunca abandonaría al Señor, sino que moriría por Él. Sabemos cómo Pedro negó al Señor tres veces. Y el Señor Jesús le dijo a Pedro en Lucas 22:31 al 32: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos.” El Señor oró por Pedro por su nombre. Las personas son importantes para Jesús. Puede que incluso haya orado por ti por tu nombre. Si el Señor te valora tanto como para orar por ti, ¿lo amas tú lo suficiente como para orar y pedir que se haga su voluntad?

Oremos juntos. Padre celestial, estamos tan agradecidos de que nuestro Señor Jesús nos enseñó a orar. Y también nos enseñó a seguir orando. Ayúdanos Padre celestial a mostrar nuestro amor por Ti y a dedicarnos a Ti y a tener comunión contigo en la oración. Y a hacer Tu voluntad. Esta es nuestra oración hoy en el nombre de Jesús, Amén.

Cuanto más sé acerca de Jesús, más lo amo. Escucharlo derramar su corazón al Padre en el cielo por ti y por mí me ayuda a ver sus prioridades. Él quiere que seamos glorificados y recibamos vida eterna, porque creímos las palabras que dio a los apóstoles y que ahora tenemos en las Escrituras. ¡Su palabra es verdad! Puedes creer en ella. Él quería unir a su pueblo, pero quería hacerlos uno con Él y con el Padre, al creer en la verdad de sus palabras. No puedes ser uno con el Padre ni uno con Jesús, a menos que estés dispuesto a creer en la verdad de sus palabras y seguirlo.

Lamentablemente, muchos que se llaman cristianos no están perfeccionados en unidad con Dios y entre ellos porque siguen concilios humanos y tradiciones que surgieron siglos después. Creen y practican cosas que nunca se imaginaron en el Nuevo Testamento. Debemos mirar primero y ante todo a las palabras de Jesús y de sus apóstoles para seguir verdaderamente al Señor. El Señor Jesús dijo en Mateo 7 y versículo 21 que: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” No te engañes pensando que no importa lo que creas o practiques. Si lo haces, serás rechazado.

Para convertirte en cristiano, pon tu fe en Jesucristo. Cree lo que Él enseña. Cree que murió por tus pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día. Arrepíentete de tus pecados y vuelve tu corazón a la justicia. Confiesa que Jesús es el Cristo y el Hijo de Dios. Bautízate, es decir, sumérgete en agua, en el nombre de Jesucristo para el perdón de tus pecados (Hechos 2, versículo 38). Esto es lo que hicieron al principio y lo que tú debes hacer hoy. Conviértete en cristiano. Conviértete en uno.